

HUÉSPED DE UNA NOCHE

Heather Gudenkauf

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

CAPÍTULO 1

Agosto de 2000

EL 12 DE AGOSTO DE 2000, Abby Morris, sin aliento y con un hilo de sudor que le corría por la sien, hacía su caminata nocturna por el camino de grava que parecía una franja gris. Pese a que llevaba una camisa de mangas largas, pantalones y una buena capa de repelente de insectos, los mosquitos coronaban su cabeza en busca de piel para picar. Agradecía la luz de la luna y la compañía de Pepper, su labrador negro. A Jay, su esposo, no le parecía prudente que caminara de noche, pero después de trabajar todo el día, buscar al bebé en la guardería y lidiar con las tareas de la casa, el horario de nueve y media a diez era el único que sentía como propio.

No era temerosa. Había crecido andando por caminos como ese. Caminos rurales polvorientos, de grava o de tierra, rodeados de campos de maíz. En los tres meses que llevaba allí, nunca se había cruzado con nadie en sus caminatas nocturnas, y eso le gustaba.

—¡Rosco, Rosco! —llamó una voz femenina en la distancia. Alguien estaba llamando a su perro para que entrara, pensó—. ¡Roo-sss-coo! —La palabra tenía una cadencia canarina y una nota de irritación.

Pepper jadeaba mucho y casi arrastraba la lengua rosada y gruesa por el suelo.

Abby aceleró el paso; le faltaba poco para alcanzar el punto que marcaba la mitad de su circuito de cinco kilómetros, donde la grava se juntaba con un camino de tierra casi devorado por los maizales. Giró a la derecha y se detuvo abruptamente. Aparcada junto al camino, a unos cuarenta metros de allí, había una camioneta. Un cosquilleo de inquietud trepó por su espalda y el perro la miró, expectante. Lo más probable era que alguien con una cubierta desinflada o un problema en el motor hubiera dejado el vehículo allí momentáneamente, dedujo.

Retomó el paso y un velo de nubes como plumas cruzó delante de la luna, sumiendo el cielo en una súbita oscuridad que no le permitía ver si había alguien dentro del vehículo. Inclino la cabeza esperando oír el ronroneo de un motor, pero lo único que se escuchaba era la respiración húmeda de Pepper y una serenata de zumbidos, como de motosierras, producidos por miles de cigarras.

—Vamos, Pepper —dijo Abby en voz baja, y dio unos pocos pasos hacia atrás. El labrador continuó avanzando con el hocico contra el suelo, siguiendo un sendero zigzagueante que llevaba directo a las ruedas de la camioneta—. ¡Pepper! —gritó, tajante—. ¡Ven aquí!

Ante la intensidad de la voz de Abby, el perro levantó la cabeza de inmediato, renunció al rastro que estaba siguiendo y de mala gana regresó a su lado.

¿Había movimiento detrás del parabrisas oscuro? Ella no podía asegurarlo, pero tampoco lograba quitarse la sensación de que alguien la observaba. Las nubes se disiparon y vio una silueta apoyada sobre el volante. Un hombre. Llevaba una gorra y, a la luz de la luna, Abby atisbó una cara pálida, una nariz algo descentrada y una barbilla afilada. Estaba sentado allí, inmóvil.

La brisa cálida trajo un murmullo desde los campos y le

levantó el pelo de la nuca. Oyó unos crujidos ásperos hacia su derecha. Pepper tenía el pelo erizado y soltó un gruñido grave.

—¡Vámonos! —dijo Abby. Retrocedió unos pasos, luego giró y corrió hacia su casa.

00.05 horas

El sheriff John Butler estaba en la terraza de madera desven-
cijada de su patio trasero; las tablas de madera se movían y
crujían bajo sus pies descalzos. Las casas linderas estaban a
oscuras; los vecinos y sus familias, sumidos en un sueño pro-
fundo. ¿Por qué se quedarían despiertos? Tenían al sheriff de
vecino. No había nada de que preocuparse.

Respiraba con dificultad. El aire de la noche era caliente y
denso, le pesaba en el pecho. La luna llena de agosto colgaba
gorda y baja, amarilla como el polen de las abejas. ¿Se la lla-
maba luna del esturión o del ciervo? No podía recordarlo.

Los últimos siete días habían sido tranquilos. Demasiado
tranquilos. No había habido robos ni accidentes graves, ni
explosiones de laboratorios caseros de metanfetaminas ni de-
nuncias de violencia doméstica. El condado de Blake no era
un hervidero de ilegalidad. Pero tenían su cuota de crímenes
violentos. Solo que esa semana no había ocurrido nada. Los
primeros cuatro días se sintió agradecido por ese alivio tem-
poral, pero después comenzó a resultarle raro, inquietante.
Por primera vez en sus veinte años como sheriff, Butler pudo
ponerse al día con sus papeles.

—Deja de buscar problemas —dijo una voz suave.

Janice, su esposa desde hacía treinta y dos años, deslizó un
brazo alrededor de su cintura y apoyó la cabeza en su hombro.

—No hay peligro de que eso suceda —dijo Butler con una
risita—. En general, los problemas me encuentran mí.

—Entonces, vuelve a la cama —dijo Janice, jalando de su
mano.

—Enseguida voy.

Janice se cruzó de brazos y lo miró, seria. Él levantó la mano derecha.

—Cinco minutos, te lo prometo.

A regañadientes, Janice entró en la casa.

Butler deslizó su palma callosa sobre la astillada barandilla de cedro. Tenía que rehacer toda la terraza. Levantarla por completo y reconstruirla. Quizá mañana iría a la tienda Lowe's en Sioux City. Si las cosas seguían así, tendría tiempo de sobra para reconstruir la terraza. Ahogando un bostezo, entró en la casa, corrió el cerrojo y caminó pesadamente por el pasillo para llegar a su cama y a Janice. “Otra noche tranquila”, pensó. “Lo mejor sería disfrutarla mientras dure”.

00.30 horas

El ruido de un estallido de globos despertó a Deb Cutter de su sueño profundo. Un estallido, luego otro. Tal vez eran niños jugando con cohetes que sobraron del 4 de Julio.

—Randy —murmuró. No obtuvo respuesta.

Deb buscó a su esposo con la mano, pero la cama estaba vacía, el cubrecama estaba intacto y frío. Salió de entre las sábanas, fue hacia la ventana y corrió la cortina. La camioneta de Randy no estaba aparcada en el lugar de siempre junto al cobertizo de ordeño. Tampoco se veía la de Brock. Miró el reloj. Era pasada la medianoche.

Su hijo de diecisiete años se había convertido en un desconocido. Su dulce niño siempre había tenido una veta salvaje, que ahora se había tornado violenta. Seguramente estaría cometiendo alguna fechoría. Brock había nacido cuando ellos tenían dieciocho años y apenas podían cuidarse a sí mismos, mucho menos hacerse cargo de un bebé.

Deb pensaba que Randy era severo con él. Demasiado estricto por momentos. De pequeño, bastaba con una mirada dura y una palmada para mantenerlo bajo control, pero esos días habían quedado atrás. Lo único que parecía dar resultado ahora era un

manotazo en la cabeza. Deb debía admitir que a lo largo de los años Randy se había pasado de la raya un par de veces y le había hecho sangrar la nariz y le había provocado magullones y partido los labios. Pero, luego, él justificaba su rudeza; decía que la vida no era fácil, y que cuanto más rápido Brock lo comprendiera, mejor.

Randy... tan distante, tan ocupado últimamente. No solo porque ayudaba a sus padres con su campo, sino porque también estaba restaurando otra casa de campo vieja con media docena de cobertizos deteriorados y un chiquero cubierto, y a la vez trataba de ocuparse de sus propios cultivos. Casi no lo veía durante el día.

Deb trataba de contener el rencor, pero se le atascaba en la garganta. Obsesionado. Así estaba Randy. Obsesionado con la renovación de esa vieja granja, obsesionado con el campo. Todo siempre se trataba del campo. Era probable que la economía se fuera a pique y terminarían atados a dos propiedades que no estaban en condiciones de pagar. No podría soportar la situación durante mucho más tiempo.

Escuchó otra explosión en la distancia. Malditos chicos, pensó. Completamente desvelada, permaneció mirando el ventilador de techo que giraba lentamente sobre ella y esperó a que su esposo y su hijo volvieran a casa.

01.10 horas

Al principio, Josie Doyle, de doce años, y su mejor amiga, Becky Allen, corrieron hacia las explosiones. Lo lógico habría sido volver a la casa, donde se encontraban su madre, su padre y Ethan. Estarían a salvo allí. Pero, para cuando Josie y Becky descubrieron su error, ya era demasiado tarde.

Dándoles la espalda a los ruidos, tomadas de la mano, atravesaron corriendo el corral oscuro hacia el maizal: ese bosque alto y desgarbado de tallos era el único sitio donde estarían a salvo.

Josie estaba segura de haber escuchado pasos detrás de ellas

y se volvió para ver qué era lo que las perseguía. Nada, no había nadie, solo la casa bañada por las sombras de la noche.

—¡Date prisa! —jadeó Josie, empujando de la mano a Becky, instándola a seguir.

Corrieron con la respiración entrecortada. Casi llegaban. Becky se tropezó. Gritó y su mano se soltó de la de Josie. Sus piernas se doblaron y cayó de rodillas.

—¡Levántate, levántate! —le rogó Josie, jalando de su brazo—. ¡Por favor! —Se atrevió a mirar hacia atrás una vez más. Un fragmento de luz de luna dejaba entrever apenas una forma que salía del granero. Vio con espanto cómo la figura levantaba los brazos para apuntar. Soltó el brazo de Becky, se volvió y corrió. Solo un poco más... ya casi llegaba.

Josie entró en el maizal justo cuando sonó otro disparo. Un dolor agudo le atravesó el brazo y la dejó sin aliento. No se detuvo, no aminoró su marcha; aunque la sangre caliente chorreaba sobre la tierra compacta, siguió corriendo.